cual no conservo en la memoria mas que un solo verso:

Africa trajo en el Tarpeo, maligna...

En aquella palabra «Africa» estaba señalado el destino de mi buen compañero, que se llamaba Giuseppe Arimondi.

EL NIÑO DEL CONSEJERO

En aquel mismo año conocí á otro, todavía niño, predestinado á la fama en esfera muy distinta.

Los gobernadores y los consejeros reales se cambiaban en aquel tiempo con mucha frecuencia. En los pocos años que transcurrieron desde la guerra de Crimea hasta la libertad de Nápoles, pasaron por aquella pequeña ciudad no sé cuántos. A todos he olvidado, excepto al gobernador Bellati, el cual tenía fama de literato por una hermosa traducción del poema de Milton, y á un consejero lombardo, cuyo nombre, que antes recordaba con seguridad, se fué de mi cabeza y no volví á saberlo sino después de muchísimo tiempo. La mujer—una señora joven, de buen aspecto y de modales francos y distinguidos,—iba alguna vez á nuestra casa á visitar á mi madre, llevando siempre consigo un hijo de tres ó cuatro

años, del cual me han quedado impresos en la memoria, los ojillos vivos y la forma rara de su cara, con la barba recortada en curva como la de una manzana, y más aún que la cara, su capote en miniatura color de avellana, que le estaba que ni pintado y le daba el aire de hombrecillo.

Es probable que yo haya jugado más de una vez con él, con la condescendencia de un hermano mayor, para librarle del fastidio de las visitas. Pero no recuerdo más que su personita y las fiestas que solía hacerle mi madre, felicitándole por aquel capotillo elegante que ella tampoco olvidó nunca.

Quien me hubiera profetizado lo que aquel niño llegaría á ser, qué influjo había de tener con su pluma en mi pensamiento, y qué ansias tan dolorosas había de experimentar por él en un momento terrible de su vida, habríale llamado loco de remate. Y fué así. Aquel niñito del asesor del gobernador, que luego fué gobernador y llegó á ser treinta años más tarde publicista original y potente, con un arte dialéctico maravilloso, con un estilo erizado de puntas salientes, de las cuales brotan ideas abundantes y luminosas como destellos de

una armadura de escamas de acero, y surgen mil sonidos agudos y amenazadores como de un haz de espadas agitadas... aquel niño debía más que nadie enardecerme y persuadirme de la idea á la cual dedicó todo su ingenio y toda su vida, y que le condujo maniatado ante un tribunal de guerra, y del tribunal á la cárcel, condenado á doce años de reclusión por un delito político...

Pero, sólo bastante después de conocer al hombre, supe que eran una sola persona el director de la *Crítica social* y aquel niño; no lo supe hasta el día en que mi madre me preguntó:

—Pero este Turati que han condenado, ¿es quizá el hijo del consejero que conocimos el año 1861?

¡Oh! ¡Con cuánta mayor intensidad sentí el cariño de amigo y de correligionario que me ligaba á él, cuando se unieron en mi mente aquel capotillo color de avellana y la casaca gris del galeote!

LA RENDICIÓN DE GAETA

La rendición de Gaeta, ocurrida en Febrero de aquel año, despertó nuestros ardores patrióticos, hundidos hacía ya algún tiempo, sin lograr por esto que asistiéramos de mejor gana á los ejercicios militares que hacía poco habían sido establecidos para todos los estudiantes del Reino; ejercicios que nosotros nos empeñábamos en no tomar en serio, por más que estudiásemos lógica y nos declarásemos prontos á combatir por la patria: como si para matar austriacos no fuese necesario antes de todo saber cargar el fusil.

Tuve noticia del gran acontecimiento de un modo y en un momento cómico, que fué motivo de risa en la clase por mucho tiempo. Había un profesor de un colegio privado, conocido de todos, un viejo zanquilargo que parecía un palo del telégrafo, neo hasta el punto de lamentar la caída de

los Borbones, pero generalmente bien quisto á toda la juventud escolar, porque acostumbraba ir acompañado por la calle de cualquier muchacho que tuviese aspecto de estudiante y de charlar con él en tono familiar, contándole anécdotas morales y dándole consejos filosóficos.

Estábamos con él cuatro ó cinco alumnos del Liceo, delante de un café, después de comer, y se hablaba de Gaeta, cuyo asedio duraba ya tres meses.—Gaeta—nos decía él con compasiva sonrisa—no caerá. Gaeta no se ha rendido nunca. Recorramos la historia, señores míos: vemos que contra ella se estrellaron los bárbaros, y que en vano la asaltaron los lombardos y los sarracenos. Luego se apoderaron de ella los franceses y los españoles, pero no por la fuerza de las armas; allí resistió seis meses á principio del siglo XIX el príncipe Hesse-Philippsthal contra todo el Ejército de Massena. Y se necesitan otros dientes que los que tiene el general Cialdini para roer aquel hueso. Podéis estar esperando años enteros, hijos míos; y os lo digo yo: ¡años enteros!—Precisamente en aquel punto pasó á la carrera un joven empleado en el Gobierno, que sin detenerse nos gritó

con el rostro radiante:—¡Gaeta se ha rendido!—Todos nos volvimos al profesor, lanzando en coro un ¡ah! de triunfo, para gozar de su confusión. Él estuvo maravilloso. No se demudó su semblante, ni siquiera contrajo un músculo, como si nada hubiese oído. Sacó del bolsillo su pañuelo azul lleno de tabaco, se sonó la nariz muy despacio, miró en derredor como para ver qué tiempo hacía, y luego, con su bondad acostumbrada, nos dijo:—Hasta la vista, muchachos,—y volviéndonos la espalda, se fué tranquilamente con los brazos cogidos atrás. Éste debía ser su modo de hacer frente á los acontecimientos adversos. Nosotros no nos quedamos, como se comprenderá, muy satisfechos. Pero fuimos compensados por la noche en el teatro donde se representaba la *Gemma di Vergy,* con iluminación *a giorno* para festejar la victoria. En el primer acto, el tenor negro sorprendió al público agradablemente. En el momento de cantar él *á solo*

Me arrancaste al sol ardiente
Al desierto, á la floresta,

se lanzó al proscenio con el ímpetu de un lebrel azuzado, y en lugar de decir los versos del libreto, cantó una estrofa de ocasión, compuesta por él, que conservo en la memoria, y que quiero regalar á la historia de la lírica italiana:

Là sui merli di Gaeta
Splende l'italo vesillo,
Delle trombe il fiero squillo
Chiama Italia a libertá;
Sulla rupe del Tarpeo
Sorge unanime una voce:
Vien Vittorio, vien veloce,
E l'Italia è fatta già!

Estalló una tempestad de aplausos, y tuvo que cantarla tres veces; á la tercera soltó un gallo, pero se atribuyó á la emoción y vino á coronar su triunfo. Días felices, aun para los tenores.

UN PELIGRO Y UN LUTO

Después de la caída de Gaeta, los sucesos que más nos conmovieron fueron la carta famosa que escribió el general Cialdini á Garibaldi, después de la gran borrasca parlamentaria de Abril, y la muerte de Cavour. Por más que los estudiantes revolucionarios admirasen al vencedor de Castelfidardo, tanto por la prosa poética de sus proclamas como por sus victorias, sin embargo, aquella carta mal inspirada, que revelaba un acre sentimiento de envidia, y sonaba más que á amonestación de adversario, á provocación de enemigo, nos revolvió la sangre. Todos creímos que provocaría un duelo. Recuerdo las disputas tempestuosas que tuvimos en la escuela con los compañeros partidarios del Gobierno, y en el café con los amigos cazadores, las acometidas y las respuestas ruidosas:—Es una infamia.—Es una lección merecida.—

¡Recogeremos el guante!—¡Andaremos á tiros!—y otras amenazas en que palpitaba la guerra civil, que nos lanzábamos al rostro todas las noches, golpeando con los puños en las mesas, en las cuales bailaban los helados y las jícaras; y recuerdo asimismo el sentimiento de viva satisfacción que en todos produjo la respuesta humilde y noble de Garibaldi, la cual truncó la pendencia y disipó todo peligro.

En cuanto á la muerte del Conde de Cavour, me complace poder decir que, hasta la triada garibaldina que había combatido con tanto furor su política sintió sincero dolor. Ya desde fin de Marzo nos habíamos reconciliado algo con él por efecto de los discursos estupendos que había pronunciado sobre la cuestión de Roma: habíamos reconocido honradamente que no se le podía negar talento, y que quizá, á su modo, amaba también él á su país. No marchábamos de acuerdo; pero, como adversarios leales, se admitía que había hecho á Italia servicios no despreciables; y que no había por el momento otro hombre de igual levadura que pudiera sucederle: la pasión de partido, decíamos, no nos impide ser justos.

Era de esta misma opinión también el profesor de italiano, aunque, por su semejanza con Gustavo Modena, se creyera él en el deber de profesar las ideas de la extrema izquierda; admiró también él—después de muerto—al gran Ministro, y fué feliz al probárnoslo leyendo en clase, en lugar de dar la lección, las más elocuentes necrologías que se publicaron en aquellos días dolorosos; no sólo para rendir el debido homenaje al gran muerto—decía,—sino para hacernos aprender el estilo de los elogios fúnebres, que eran un género aparte, como si dijéramos, la música sacra respecto de la música dramática; á cuyo propósito citó el *Stabat Mater* de Rossini, que le llevó por la mano á tratar del *Barbero de Sevilla*...

PRIMEROS ESTUDIOS DE LENGUA

En aquel mismo mes de Junio, ocurrió en mi vida de estudiante un hecho al parecer insignificante, que tuvo para mí una importancia extraordinaria, y que sólo apunto para mis lectores de quince años; para los cuales precisamente me parece necesario un breve prefacio.

En las clases de estudios clásicos, entonces como ahora, no se enseñaba, en el sentido propio de la palabra, la lengua italiana, como si por el mero hecho de haber nacido en Italia todos los muchachos debieran naturalmente saberla, ó como si bastasen para hacerla aprender aquellas pocas lecturas de escritores italianos, desordenadas, fragmentarias y superficiales que hacíamos en la clase y en casa; de las cuales, como de toda simple lectura, queda tanto menos de lengua en la memoria, cuanto más absorba la atención el conte-